

65. GRANDE A LOS OJOS DE DIOS

Texto bíblico: “Hizo, pues, Samuel como le dijo Jehová; y luego que él llegó a Belén, los ancianos de la ciudad salieron a recibirle con miedo, y dijeron: ¿Es pacífica tu venida? El respondió: Sí, vengo a ofrecer sacrificio a Jehová; santificaos, y venid conmigo al sacrificio. Y santificando él a Isaí y a sus hijos, los llamó al sacrificio. Y aconteció que cuando ellos vinieron, él vio a Eliab, y dijo: De cierto delante de Jehová está su ungido. Y Jehová respondió a Samuel: No mires a su parecer, ni a lo grande de su estatura, porque yo lo desecho; porque Jehová no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón” (1 Samuel 16:4-7).

INTRODUCCIÓN

Bajo el gobierno de los jueces, los israelitas estaban seguros y prosperaban cuando seguían los preceptos y las instrucciones de Dios. Sin embargo, no pasó mucho tiempo y quisieron establecer una nación con rey, al igual que los pueblos que los rodeaban. Eso representaba más que simplemente el deseo de un gobernante terrestre que los protegiera de sus enemigos; era una manera de rechazar al Dios que los había conducido desde el llamado a Abraham hasta los días de Moisés y Josué, e incluso hasta el establecimiento de los israelitas en Canaán. ¿Cómo se atrevieron a desear seguir sus propios caminos? ¿Por qué era tan corta su visión como para no ver todo el cuadro del propósito de Dios de que fueran sus testigos en todo el mundo? Pero, ¿les permitiría Dios que siguieran el curso de su propio corazón? Bueno, a veces, cuando dejamos de prestar atención a las órdenes de Dios y de seguir sus planes, Dios nos permite que obtengamos lo que queremos, incluidas las consecuencias de nuestras decisiones y acciones.

Y así, respondiendo a su pedido, Dios les dio a Saúl, un rey humano para Israel. Cuán importante es recordar que, a pesar de haber dejado la teocracia, donde Dios era el Rey, y pasar a una monarquía, donde Saúl era el Rey, Dios aún controlaba los asuntos de su pueblo. Fue él quien identificó a Saúl y se lo reveló al profeta Samuel cuando estaba buscando a los animales de su padre. En su divina voluntad, Dios eligió a Saúl para que fuera rey y esa elección fue, posteriormente, confirmada por el voto del pueblo. Como mayordomos del reino de Dios, reconocemos la soberanía de Dios que reina de manera suprema.

Pero Dios también nos da el privilegio de la elección personal. La mayordomía cristiana es una sociedad con Dios. Un detalle muy importante que no debe pasarse por alto en este punto de la historia del pueblo de Dios y la elección de su rey, es el hecho de que Saúl provenía de los benjamitas, la menor de las doce tribus de Israel. Esa “pequeñez” no les cayó bien a algunas personas que creían que Judá y Efraín habían sido olvidados. Ellos pensaban en la fuerza y el poderío numérico y, desde su perspectiva, esa decisión colectiva estaba equivocada. Pero Dios sabía lo que hacía y Saúl fue el hombre elegido para liderar en la batalla y el Espíritu de Dios estaba con él.



I. RECHAZO A SAÚL

“Cuando fue llamado al trono, Saúl tenía una opinión muy humilde de su propia capacidad, y se dejaba instruir. Le faltaban conocimientos y experiencia, y tenía graves defectos de carácter. Pero el Señor le concedió el Espíritu Santo para guiarle y ayudarlo, y lo colocó donde podía desarrollar las cualidades requeridas para ser soberano de Israel. Si hubiera permanecido humilde, procurando siempre ser dirigido por la sabiduría divina, habría podido desempeñar los deberes de su alto cargo con éxito y honor” (Patriarcas y profetas, p. 685).

Y así, por algún tiempo, Dios pudo usar al rey Saúl en su función de líder de la nación, mientras su Espíritu seguía trabajando en su carácter. Sin embargo, Saúl comenzó a actuar de manera independiente y el orgullo comenzó a dominarle el corazón al declarar con autoridad sobre los reinos que se encontraban fuera de su función de liderazgo. Ofreció holocaustos, que era una función de los profetas, y eso desagradó al Señor (1 Samuel 13:9). “Entonces Samuel dijo a Saúl: Locamente has hecho; no guardaste el mandamiento de Jehová tu Dios que él te había ordenado; pues ahora Jehová hubiera confirmado tu reino sobre Israel para siempre. Mas ahora tu reino no será duradero.

Jehová se ha buscado un varón conforme a su corazón, al cual Jehová ha designado para que sea príncipe sobre su pueblo, por cuanto tú no has guardado lo que Jehová te mandó” (1 Samuel 13:13, 14). La desobediencia es un gran pecado contra Dios y cuando se sale de control, arruina a todos, incluyendo a reyes; y Saúl se encontraba ahora en la pendiente de la destrucción. Cuando se le ordenó destruir a

los amalecitas, Saúl nuevamente mostró desconsideración por la palabra de Dios, por intermedio del profeta Samuel.

Él preservó al rey Agag y el mejor de los animales (1 Samuel 15:1-9). Saúl pensó que esos animales saludables podrían ser usados para ser sacrificados al Señor. Pero ese acto de desobediencia entristeció el corazón de Samuel y marcó el comienzo del fin del reinado de Saúl sobre Israel. Dios eligió otro hombre.

II. DAVID, EL HOMBRE DE DIOS

Rápidamente, Dios ungió al siguiente rey y le dijo a Samuel: “¿Hasta cuándo llorarás a Saúl, habiéndolo yo desechado para que no reine sobre Israel? Llena tu cuerno de aceite, y ven, te enviaré a Isaí de Belén, porque de sus hijos me he provisto de rey” (1 Samuel 16:1). Dios fue muy específico al señalar la familia y la ciudad de donde procedería el siguiente rey, y también sabía su nombre. Pero la elección de Dios no siempre es obvia.

“Y aconteció que cuando ellos vinieron, él vio a Eliab, y dijo: ‘De cierto delante de Jehová está su ungido’. Y Jehová respondió a Samuel: ‘No mires a su parecer, ni a lo grande de su estatura, porque yo lo desecho; porque Jehová no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón’” (1 Samuel 16:6, 7).

La orientación clara de Dios a Samuel era que él no estaba buscando a alguien de apariencia impresionante, una retrospectiva a la elección de Saúl, cuyos hombros sobrepasaban a los de los demás, y también era una advertencia contra la limitación de elegir un líder solamente basándose en la apariencia. Dios prefería



alguien cuyo corazón lo buscara, y ese hombre se encontraba en los campos, apacentando el rebaño de su padre. Por eso, la respuesta de Dios a Samuel, cuando ya habían pasado los siete hijos de Isaí fue “no”. “Entonces dijo Samuel a Isaí: ¿Son éstos todos tus hijos? Y él respondió: queda aún el menor, que apacienta las ovejas. Y dijo Samuel a Isaí: Envía por él, porque no nos sentaremos a la mesa hasta que él venga aquí. Envió, pues, por él, y le hizo entrar; y era rubio, hermoso de ojos, y de buen parecer. Entonces Jehová dijo: Levántate y úngelo, porque éste es. Y Samuel tomó el cuerno del aceite, y lo ungió en medio de sus hermanos; y desde aquel día en adelante el Espíritu de Jehová vino sobre David. Se levantó luego Samuel, y se volvió a Ramá” (1 Samuel 16:11-13).

III. DAVID EQUIPADO POR DIOS

Mucho antes de que Dios llamara y ungiera a David como rey de Israel, ya lo estaba preparando para la tarea desafiante de liderar a su pueblo. Dios le refinó el carácter y desarrolló sus habilidades mientras David aún cuidaba de las ovejas en el desierto. De

esa manera, David y Moisés compartieron la experiencia de ser capacitados en el campo. La experiencia de David, de estar solo con las ovejas y de defenderlas de las fieras, le dio confianza y fortaleza. Pero la gracia de Dios en la vida de David se mostró en el don de la música, y el amor por esta, y eso lo puso en contacto directo con el entonces rey de Israel, Saúl. “Y viniendo David a Saúl, estuvo delante de él; y él le amó mucho, y le hizo su paje de armas. Y Saúl envió a decir a Isaí: Yo te ruego que esté David conmigo, pues ha hallado gracia en mis ojos. Y cuando el espíritu malo de parte de Dios venía sobre Saúl, David tomaba el arpa y tocaba con su mano; y Saúl tenía alivio y estaba mejor, y el espíritu malo se apartaba de él” (1 Samuel 16:21-34). Esa transición, de ser un niño pastor a ser asistente personal y músico del rey, no sucedió por casualidad: fue algo ordenado por Dios.

Fue una apertura, creada por Dios, que le permitió a David aprender de un monarca en ejercicio las reglas, etiquetas, sistemas y procesos de liderazgo de una nación. Dios estaba al control y su espíritu estaba con David.

CONCLUSIÓN

1. Como Señor Soberano del Universo, Dios es libre de elegir su pueblo y a los líderes; y, a veces, honrará al menor y más débil.
2. Dios acepta sacrificios y holocaustos del mejor de los animales, pero valoriza mucho más la obediencia (1 Samuel 15:22).
3. En la elección de los líderes, Dios mira el corazón de la persona mucho más que su apariencia exterior. David fue un hombre “según el corazón de Dios”.
4. Las capacidades naturales (talentos) y las habilidades adquiridas son dones concedidos por Dios para los objetivos del ministerio y para la edificación de su Reino.
5. La mayordomía cristiana es nuestra disposición para trabajar en sociedad con Dios, sometiendo nuestros planes y talentos a su voluntad.

[Volver al Índice](#)

